

IDEAS FUNDAMENTALES

DE LOS

PARTIDOS POLITICOS

DE LA

NUEVA GRANADA.

A MI DISTINGUIDO MAESTRO DR. FLORENTINO GONZALEZ,
ANTIGUO DEFENSOR DE LAS LIBERTADES SUR-AMERICANAS.

—0—

Tout mensonge répété, devient
une vérité.—CHATEAUBRIAND.

Antecedentes.

Los hombres que al ruido del nombre de Colon abor-
daron a las comarcas de la América, ¿qué encontraron en
ellas? ¿Qué trajeron a ellas? ¿Qué fué lo que en ellas es-
tablecieron?

Encontraron la barbarie: mas ménos, eso era la bar-
barie. Que esa situacion social de los aborijenes america-
nos fuera la ruina de una antigua civilizacion, o los prime-
ros pasos de la vida cerril hácia el progreso social, esta es
cuestion de arqueología, i estamos en el terreno político.

Los conquistadores trajeron aquí dos elementos con-
tradictorios: la conquista i el cristianismo. La primera con
todas sus deformidades de violencia, de ferocidad i de per-
fidia; el segundo con todos sus encantos íntimos; pero
afeados por las sombras que arrojaba sobre su bella santi-
dad, el ultraje flagrante de todos los derechos del hombre.
Esta amalgama constituía una escrecencia de la civilizacion,

una barbarie no natural, sino formada: la parte fea de lo que se llamaba vida civil en el mundo culto. En la barbarie natural hai cierta injenua belleza, ciertos rasgos en que asoma la primera inocencia del hombre: en la barbarie enjendrada en el seno de una sociedad adelantada, no se encuentra sino una brutalidad estúpida, carcomida por todas las lepras que forman las desigualdades sociales. Lo primero, constituye un punto de partida de la tiniebla a la luz, es como el exordio incomprensible de un libro portentoso: lo segundo no es, sino el último trago de un vino jeneroso, las heces. . . colores degradados hasta la sombra, hasta la tiniebla mas impenetrable.

Los conquistadores establecieron aquí lo que podian establecer. Su presencia era una usurpacion, su creencia, un fanatismo grosero: el brillo del sable eclipsaba la lámpara del santuario. La ignorancia i la tiranía no darán jamas bellos frutos. Los pueblos conquistadores forman siempre gobiernos de raza. El vencedor es siempre noble i el vencido ménos que creatura humana, esclavo! . . . La raza es una linea bien notable de demarcacion. El español cansado de degollar pobres indios tímidos e indefensos, se tendió sobre sus trofeos i pidió el sudor a los hombres de quienes ya habia casi agotado la sangre. El indio pagó a peso de oro la fortuna de tener un amo, hasta que la filosofia de aquellos tiempos, sintió algunos remordimientos, o hizo otros cálculos, i levantándose de encima de la osamenta de miriadas de hombres cobrizos degollados o muertos entre las grietas de la tierra, fué a componer su conciencia i su bolsa arrancando al Africa sus hijos para convertirlos en oro, i devorarlos tranquilamente. La tiranía i la avaricia tienen su lógica: en vez de continuar hacinando indios para la tumba en los socayones de las miasas, valia mas, robar negros para el mismo destino: al ménos, estos duraban mas i sacaban mas oro en ménos tiempo. ¿Qué mejor razon para aquietar la conciencia, que la adquisicion de una gran fortuna? La sensibilidad en favor de unos hombres que se han esterminado i que no sirven bastante bien para el oficio de la esterminacion, no pierde por ello sus mejores timbres. En medio de ese cataclismo de barbarie i de ini-

quidad, Las Casas brilló como esas luciérnagas que cruzan las tinieblas de nuestros bosques.

Pero el español, el español colonizador de las primeras incursiones, aunque aventurero i poco culto, trajo aquí su lengua, sus nociones de vida civil, i su relijion. El cristianismo difundido a guisa de mahometismo, es como un trozo de oro envuelto en cieno: con el tiempo el precioso metal se liberta del frágil polvo que lo afea, i brilla en toda su pureza natural. El colono español vino a vengarse a América de la tiranía que lo aquejaba en su patria. Las sombras de Cárlos V. i de Felipe II. tendidas al traves del océano, se reflejaron sobre el mundo de Colon. ¿Podria ser de otro modo? La Europa, no habia visto la libertad sino como un fantasma, en medio de las batallas de la República del 93. Antes, no habia visto sino la lucha de dos tiranías: los castillos i los tronos. Esta no era cuestion de siervos: era una riña doméstica entre los amos: discusion sobre el metal o la forma de las cadenas de los pueblos. ¡I al que se ahoga, ¿qué le importa que la onda que le sirve de tumba sea dulce como la de un riachuelo, o amarga como la del océano?...

Es preciso ser justos. Los aventureros colonizadores eran, en lo jeneral, hombres de la masa popular de España. Esa masa era entónces, bárbara i esclava en toda la Europa. ¿Por qué se ha de exigir que al pasar a América fuese una tropa de filósofos liberales? El mundo marcha con los siglos, i en historia, una exigencia inoportuna es un anacronismo ridiculo. El hombre educado en la servidumbre, nada ve mas allá de la tiranía en que ha sido amamantado.

El español colonizador no conocia sino dos condiciones: la de amo i la de siervo. Planteó aquí lo que traia del hogar paterno; i pudiendo ser señor i encontrando quienes pudieran ser esclavos, tomó para si lo mejor de su patria, el señorío. Todo esto está en el orden lójico del corazon humano, a la altura de las tradiciones que lo han nutrido. Si mas tarde hubo entre nosotros un Nariño que tradujera los Derechos del Hombre, i héroes para la libertad, eso fué, cuando un siglo ménos sombrío, trajo para el mundo, las glorias de Washington i el poderoso reflejo de la libertad de la Francia.

¿Qué de extraño, pues, que el Gobierno colonial de América fuera lo que fué? ¿Qué de extraño que mas luego el incendio del mundo se propagara a estas comarcas? ¿Era esa otra cosa que el soplo de Dios, que guía los destinos del jénero humano?... La lei que por intervalos siembra la bóveda de los cielos de astros desconocidos, es la misma que trae al mundo los héroes que nadie habia visto ántes; pero que Dios guardaba entre sus arcanos providenciales.

En resúmen, nuestro punto de partida, nuestros antecedentes como pueblos, como naciones ante el mundo son estos:

La barbarie aborijen.

La barbarie de la colonizacion.

La barbarie del gobierno colonial.

Camino de tinieblas, desde la antropofajia americana, hasta la Inquisiciou europea. ¡Tal es nuestra ejecutoria!

Escuela conservadora.

Una vez, los españoles en América, con ellos vino a estas rejiones lo mejor que el mundo poseia, el Cristianismo; bien que envuelto en la capa de la conquista i al brillo del cable esterminador; pero vino, vino esa gran razon de la civilizaciou moderna; i en su seno, se fundieron como en un vasto crisol, los elementos heterojéneos que ocultaban sus grandes perfecciones. En el fondo de ese gran crisol, quedaron los elementos primitivos de una conquista providencial, conjunto de lo malo de América i de lo pésimo de Europa: la barbarie del salvaje idólatra i la barbarie del siervo cristiano. Esto constituyó el fondo de la civilizaciou hispano-americana, como punto de partida en la vida civil de los pueblos de orijen español en estas comarcas.

El hombre se vuelve siempre con encanto hácia lo pasado: por eso es tan difícil reformar el mundo: es que cada individuo recuerda con deleite los juegos de su niñez, las fantasías de su juventud i los goces saboreados por el cálculo i la reflexion de la edad madura. Esto esplica el poder de las tradiciones. ¿I qué no es tradicional en el hombre? desde el primer vocablo de nuestra infancia, hasta la plegaria de nuestra última agonía.

Desde 1492 hasta 1810 ¿qué hubo en la América española? Ignorancia jeneral, orgullo de raza, tiranía política i fanatismo relijioso. Esto éramos; i esto queríamos ser, esto queríamos conservar. ¿Por qué? porque no conocíamos nada mejor; i el hombre, si no lo enseñan, no aprende. Toda civilizacion, desde el Eden hasta hoi, tiene un iniciador de otra parte.

El Gobierno era un gobierno fuerte; ni podia ser de otra manera, siendo la espresion de una sociedad cuyos elementos reclamaban esa fórmula política. *Conservar* eso, era vivir. Por eso, cuando aparecieron nuestros libertadores, hombres emancipados moralmente por el estudio de otros antecedentes, el pueblo no podia comprenderlos, i los vió degollar sin saber que eran sus redentores: de otro modo, habria muerto con ellos o despedazado a sus victimarios, ántes de una lucha tan prolongada i costosa.

Con el siglo pasado, espiraban en Europa sus fórmulas i sus tradiciones. Voltaire i Rousseau habian sembrado la semilla que cosecharon desde Mirabeau hasta el emperador Napoleon: lo que no recojió el tribuno, lo puso el soldado en sus vivaques; hombres, instituciones i glorias.

La Francia fué un volcan cuyas lavas cubrian a toda la Europa; i los ecos de sus ruidos vinieron a reflejarse sobre las cumbres de los Andes. La América se estremeció como volviendo de un sueño ajitado por espectros. Ella no sabia lo que queria; pero queria algo que estaba encerrado en el jenio de sus grandes hombres.

En Europa, las viejas ideas pasaban como nieblas con los tiempos que las habian traído; i un porvenir inexplicable abria para el mundo sus mas fecundos arcanos. Pero la libertad vino aquí como un viajero extraviado, que no entiende la lengua de los meradores de una rejion desconocida. Su belleza sedujo, su acento halló ecos en los corazones; pero no esa fuerza de conviccion, que hace de cada hombre una doctrina, de cada mirada un rayo, de cada instante un siglo, i de un pueblo la humanidad.

Una rejion de ciegos, el día que recobra la vista, si se fija en el sol, queda mas ciega que nunca. Pero habia en la atmósfera del globo, un elemento de inquietud vibrante, que

lo sacudia con violencia de un polo al otro. La vida de Napoleón comunicaba su fuego a toda la tierra. El paso de sus legiones resonó hasta nosotros al descolgarse por los Pirineos. Era necesario que la cola de ese inmenso cometa, se viera hasta en los desiertos de nuestras soledades. . . .

Todo se ajitó aquí; porque todo se ajitaba en el mundo. Era una época de combates, presidida por el jénio de la guerra. Las armas vinieron a las manos sin saber cómo: era preciso ajitarse, batirse, morir i cubrirse de gloria; porque esa era la lei providencial de esos tiempos.

Nuestro pueblo, como tantos pueblos de la tierra, se lanzó al combate por la libertad; luchó, murió, i se cubrió del lauro de los héroes. . . . ¿Supo lo que hizo? ¿Comprendió a los hombres que tocaron el clarín i le enseñaron el enemigo? . . . Los resultados hablan.

El pueblo se enamoró de ese sonido libertad: algunos soñaron con la Republica; los más solo pensaron en lanzar de aquí a los españoles, estorbos venidos de ultramar hacia trescientos años; pero era preciso vengar sobre ellos, sangre nuestra, nuestra propia sangre derramada por ellos en el deguello jeneral de nuestros bárbaros visabuelos. Era preciso que se alejaran, para que otros señores ocuparan sus dominios, vistieran sus insignias i hasta hablaran sus baldones.

El pueblo dió su sangre, porque el pueblo, como los niños, dá cuanto se le pide: él no habia visto nunca la República, ni tenia la cultura bastante para adivinarla. Los magnates que le habian enseñado el campo de batalla, le presentaron un mamarracho i le dijeron: esta es la República; un gobierno sin realidad, con las leyes de un pueblo libre, i en contraste con las costumbres coloniales. Durante la revolución, el pueblo no hizo sino luchar, i no aprendió sino a vencer: esto no es la República.

El soldado libertador se acordó del conquistador ultramarino i dijo, —*ese soi yo!* Para eso hemos echado a los españoles.

El criollo, por su orijen español, se acordó de los señores que ántes venian de España a los obispados, a las gobernaciones, a las audiencias, a las presidencias, a las capitánias

generales, a los vireinatos & &. i dijo,—*ese soi yo!* para eso hemos echado a los españoles.....

El ricacho monopolista, recordó los bellos dias en que sus abuelos, a favor de las leyes coloniales, ganaban un quinientos por ciento sobre sus baratijas traídas de la península, i dijo tambien *ese soi yo!* para eso hemos echado a los españoles.

El sacerdote leyó la historia de la conquista del Perú i de Méjico, vió cuantas riquezas habia amontonado su clase, rodeada de esenciones legales, i de respetos sociales, i dijo, *¡esos somos nosotros,!* para eso hemos echado a los españoles.

El propietario rural recordó, que en otro tiempo hubo señores con *encomiendas*, para remedar el feudalismo del viejo mundo, i dar solaz al conquistador español, miétras que el indio lanzado a lafigazos de su hamaca, se enterraba vivo en busca de un oro que no seria para él, familiarizándose con el sepulcro en las entrañas de la tierra, como con un amigo, único que podria libertarlo de la codicia i de la tiranía; i el hacendado, mirándose rodeado de numerosos colonos, dijo, *ese soi yo,!* para eso hemos echado a los españoles.

Cada uno fué tomando su puesto.

El pueblo, la masa, se puso a contemplar lo que habia ganado en la sangrienta lucha de la independéncia; contó sus hazañas por las tumbas de sus padres, de sus hijos i de sus hermanos; en sus brazos miró las cicatrices de las cadenas de tres siglos, confundidas con las señales que el acero enemigo habia dejado en sus miembros; reconoció la honda sima que lo separaba del antiguo criollo, del antiguo soldado, del antiguo comerciante, del antiguo sacerdote, del antiguo propietario, i vió que ese foso aun no habia sido suficientemente colmado por los cadáveres de una batalla de diez años, apesar de la gloria que le servia de aureola. Se encontró pobre, mutilado, esplotado en su sangre para la guerra i en su sudor para la paz; i en medio de las mas bellas leyes, los hombres por cuya libertad se habia sacrificado, todavia lo llamaron, *la plebe, la canalla*; i le dieron un puntapié cuando quiso ser algo, apénas algo mas, que lo que habia sido bajo los esbirros de la tiranía ultramarina.

Después de la guerra nacional de la emancipación de estos países, ¿qué ganaron los pueblos, las masas, que habían hecho el enorme gasto de esa fiesta terrible? Donde estaban sentados los españoles de Europa, se sentaron los españoles de América, con todas sus viejas tradiciones coloniales i con sobrado campo para remedar a los antiguos opresores. El mundo de Colon era un inmenso osario mezclado de trofeos de guerra, sobre cuyo conjunto, la espada de Bolívar brillaba suspendida como el astro de la victoria. Pero esto, ¿qué vale para la muchedumbre? La gloria de Alejandro, no es de sus falanjes, ni la de César la de sus legiones. En Francia, cuando cayó la cabeza de Luis XVI. cayó un mundo con ella, porque allá la transformación del espíritu humano precedió a la práctica de la peripecia: el orden lógico, el espíritu ántes que la materia. Aquí fué todo lo contrario: se ejecutó un movimiento de remolque, porque nuestra fiebre revolucionaria no nos vino de nosotros mismos, sino por un gran contagio atmosférico. En Francia un mundo dió paso a otro mundo: aquí no hubo sino un cambio de hombres; dejando el cambio de las ideas, que debía haber precedido, relegado a un aplazamiento sin término.

Las victorias de la independencia no constituyeron una Nación de estas viejas colonias, sino las colonias separadas de la España por una inmensa línea de cadáveres. ¿Qué otra cosa tuvimos después de los triunfos que no lo tuviéramos ántes del combate? una sola cosa: la Independencia. En cuanto, a la libertad, la libertad no se aprende con el sable en la mano, después de trescientos años de ir diariamente a la escuela del vasallaje. La venganza no sabe enseñar cosa alguna a los hombres.

En 1819, el Jeneral Santander, se descalzó las espuelas de Boyacá en las antecámaras del palacio de Gobierno: colgó la espada del soldado i tomó la pluma del estadista para demostrar sus grandes talentos administrativos. Bolívar era un poseído, poseído por el jenio de los combates, por la ambición de la gloria. ¿Qué le importaba entonces a él el gobierno? El no quería sino gobernar a la fortuna, i remedar los destellos del grande astro de la Francia, de quien apenas fué el mas bello satélite.

Esos dos hombres se encontraron, al fin frente a frente. Santander con su clientela de empleados, Bolívar con sus veteranos victoriosos. ¿Qué quería cada uno de ellos? ¿El Gobierno? pero no podían compartirselo; porque en sus pretensiones exclusivas, cada cual lo quería todo para sí, con un tipo propio recíprocamente inadmisible.

Al rededor de Santander se agrupó el antiguo criollaje, vestido de todos colores, i buscando la antigua preponderancia, al arrimo del órden civil de que Santander se habia hecho el patrono.

Al rededor de Bolívar estaba la democracia del sable, con la victoria por títulos.

En nada de esto habia ideas de verdadera República. Esto no era mas que la antigua colonia española, con otros vestidos que los que le venian ántes de la España.

Los prohombres creyeron que el odio a los españoles era amor a la democracia; pero una vez que los españoles desaparecieron, los criollos dijeron: ¿quién hai aqui igual a nosotros fuera de nosotros mismos? ¿Quién nos impide ser ahora mas que los españoles que hemos arrojado de aqui? Es preciso tomar la revancha de tres siglos de humillaciones !...

El gobierno español habia creado aqui una larga série de filiaciones de sangre, desde el infeliz esclavo africano, hasta el fidalgo de ultramar. Duraba todavia el combate contra la madre-patria, i ya esas filiaciones habian desaparecido bajo la igualdad de hierro del cuartel i de la ordenanza; pero allá dentro del cuartel. En los ejércitos, las balas establecen la igualdad de la muerte, como un título para los honores comunes: la derrota o la gloria une a los hombres i los pesa en una misma balanza. La jerarquía militar no es mas que una organizacion indispensable para el oficio de los combates; pero la punta del sable o de la bayoneta alcanza a todas las alturas. Bajo este aspecto, la democracia guerrera del héroe de Colombia, tenia mas títulos a la República, que las estudiadas clasificaciones de lo que entónces se llamaba el *partido civil*; i sin embargo este partido se llamó el *partido liberal*.

La Colonia vestida con la forniture, ofrecia todos sus

rangos a todas las clases del pueblo, cuando en el gran núcleo de la colonia civil, las ideas del pasado se oponían con el poder de las tradiciones, a la admisión de todos los hombres en todas las categorías sociales.

La rudeza del soldado, tuvo entonces todo el aspecto de una tiranía verdadera, i la oculta petulancia del partido civil, afectaba bajo la casaca negra del ciudadano pacífico, sus viejos resabios de las distinciones coloniales.

El ejército era una democracia de hombres afiliados bajo la dura lei de la ordenanza militar.

El partido civil, aunque profundamente aristocrático, oponía sus *leyes impotentes* i sus *tradiciones poderosas*, a esa democracia semi-salvaje, sin mas brillo que el lustre de sus armas victoriosas.

Podía decirse que en esos tiempos la República estaba en el cuartel.

En el fondo de las poblaciones, el antiguo colono invocaba la libertad, sin olvidar las viejas pretensiones del antiguo señor ultramarino; que deseaba emancipar de la democracia del cuartel, como ántes trabajó para emanciparla del exclusivismo insultante del gobierno español.

Bolívar habia tenido la debilidad de preferir en grados i decoraciones a sus paisanos de Venezuela, i esto perjudicó inmensamente el éxito de sus ideas, cuando ese grande antagonismo del soldado i del ciudadano, vino a combate sobre un terreno extraño para el soldado venezolano. Ideas mezquinas de provincialismo, tomaron las proporciones colosales de grandes principios; i los compañeros del libertador, sucumbieron bajo los nombres odiosos de enemigos del pueblo, en una rejion en que la parte civil de la sociedad aspiraba a las viejas jerarquías borradas por el sable i los vigotes.

Muerto el libertador, sus amigos huyeron o abdicaron. El partido civil quedó solo en el teatro de sus triunfos, sin enemigos que combatir, pero acostumbrado a la lucha. Colombia se habia desplomado sobre la tumba de su creador, i algunos pigmeos, se ilustraron en la magna obra de escupir sobre los restos del hombre, que habia ilustrado la barbarie de un mundo con la gloria de su nombre. . . . Es-

los mirmidones se hicieron un teatro proporcionado a sus estaturas de enanos, i allí aparecieron como gigantes entre las pequeñeces que los rodeaban. Entónces los corifeos que se habían lanzado contra la democracia del sable i de la gloria, no pudieron entenderse unos con otros: jeneracion pendenciera, para quien la paz parece un ideal irrealizable. Ya no se trató mas de gobernar con la espada o con la lei: cada cual, con la lei en la mano, quiso un sistema mas o ménos conforme con el pasado o con el porvenir. Los hombres que apoyados en el ejército habían lanzado a los españoles mas allá del océano, cavaron a Bolívar una sepultura vulgar i no pudieron gozar de la paz de aquel sepulcro.

En resumen, la escuela conservadora en estos países, no ha sido una teoría de principios fundamentales, sino la simple liberación de la vieja colonia entregada a sus propios instintos de pasadas jerarquias, opresiones i tendencias. Detras del conquistador español, está el Libertador de Colombia: detras del héroe, los hijos de tres siglos de esclavitud, sin mas diferencia, que la que imprime el soplo de los tiempos en todas las cosas del universo.

Escuela liberal.

¿Hai realmente en este país una teoría social o política que pueda llamarse liberal, en presencia de los restos de la colonia libre?... Los enemigos de Bolívar se llamaron *liberales*, en vez de llamarse *tejistas*. ¿Qué los diferenciaba de Bolívar i de sus soldados? Algunos cuadernos con leyes de papel sin apoyo en las costumbres, ni en el carácter de los mismos que las habían dictado. El liberalismo no es el *tejismo*. Santander, el hombre de las leyes, no puede aparecer sino como un patricio romano, en los bellos días de aquella República, cuando los Gracos morían apaleados por los Senadores, a causa de sus tendencias democráticas. El hombre que al morir, cuando las verdaderas grandezas humanas se evaporan a las puertas de la eternidad, se pone a narrar sus títulos a una oscura hidalguía, sería todo, ménos un liberal en sentido democrático. ¿Valían algo esas miserias, esas polvosas vejeces, al lado del título de libertador de un mundo? La teoría gubernativa del Libertador,

era la ordenanza del ejército: sus títulos al gobierno, las batallas de la Independencia. Él quería un gobierno a su modo; como Santander quería un gobierno al suyo.

De la lucha de estos dos hombres resultó alguna vislumbre. La teoría de Santander era cualquiera cosa, con tal que eso fuera una ley. Con esto, puede un hombre quedarse muy inferior a su tiempo. Antes de Justiniano existieron Neron, Calígula i Heliogábalo, i nunca hubo mas leyes en Roma. En medio de esas leyes se depravó el pueblo rei i bajó la frente ante los soldados de Alarico. ¿Acaso valen las leyes escritas, donde las leyes de una educacion viciada tienen hondas raices en las conciencias populares?... Un hombre que no es mas que fiel al cumplimiento de las leyes, no es mas tampoco, ni puede llegar a ser mas, que un buen empleado público. Entre esto i una escuela política cabe un mundo.

Lo que se ha llamado liberalismo en Nueva Granada hasta 1849, no va mas allá de la proclamacion del gobierno regularizado por la ley; i nada, casi nada mas allá. El Jeneral Santander gustaba de la retrógrada contribucion de la alcabala, i, mucho mas, de la pena de muerte en los delitos políticos. Con tal que el gobierno fuera electivo i ajustado a las leyes, dadas por un congreso, se habia llegado al cielo. Esto no era mas que una expresion de la práctica, conservadora en el fondo, de un gobierno regular, pero de carácter estacionario.

Sin embargo, seria injusto el desconocer que durante la administracion del Jeneral Mosquera, la sociedad tuvo sus arranques de verdadera reforma en el orden material, en el orden moral i en el orden intelijente. En ese tiempo se habló de caminos, de institutos, de monedas, de navegacion, de grandes edificios: durante esa administracion se trató de inmigracion, de tolerancia de cultos i de la verdadera libertad de imprenta. Entónces hubo un buen colejio militar, profesores científicos europeos; en fin, algo que antes no se habia visto, i que si hubiera continuado, habria transformado profundamente la fisonomia de la sociedad en el sentido de la verdadera civilizacion. Pero el Jeneral Mosquera tenia que habérselas con hombres de rutina i de

laisser aller; tenía que combatir el espíritu egoísta, enjendro de la vida de inseguridad revolucionaria que le había precedido: tenía el inconveniente de ser corifeo de un partido, que se había conservado en el poder por encima de montones de muertos, i los muertos políticos hablan, gritan mas que los vivos. Por eso, este hábil gobernante, hombre de talento i de patriotismo, no pudo encontrar a su derredor el esfuerzo reunido i compacto de todos los ciudadanos. Mientras que él miraba al porvenir del país, un partido numeroso que él había contribuido a postrar en la mas indebida anulación, en vez de secundarlo, preparaba su elevación en las fragnas ardientes de una democracia tumultuosa. Con todo, al Jeneral Mosquera se deben en este país bastantes jérmenes de progreso, que apesar de mil elementos perturbadores, han servido i servirán de exordio a los grandes destinos de esta República. La organización de la contabilidad nacional, el sistema de monedas, la navegación por vapor, la libertad de la iudustria i la descentralización municipal que él inició, le deben a este distinguido Jeneral, los beneficios de carácter permanente, que de tan útiles reformas deriva hoy la nación.

Los matices de *partido liberal* i *partido conservador* que, tan torpemente, han traido ajitada a la Nueva Granada por un período de treinta años, no prueban otra cosa, sino la falta de criterio i la sobra de pasiones revolucionarias, enjendradas por ambiciones ruines de adquisiciones de sueldos i de empleos.

El liberalismo no puede consistir, sino en la inviolabilidad práctica de los derechos constitutivos del hombre, como axioma fundamental de todo el orden público de una sociedad: en la estricta igualdad legal i moral en la lei, i mas que en la lei, *en la conciencia*, como el gran nivel de la justicia i del derecho; i todo esto, basado en la gran lei del progreso cristiano, derivación de una protección de la fuerza de todos para la conservación del derecho de cada uno.

¿Pero ha sido este el liberalismo en la Nueva Granada?
¿Puede este liberalismo, tomando cuanto es i cuanto ha sido, decir *este soy yo?* i a su viejo adversario, *¿ese eres tú?* . . .
Véamoslo.